

PRÓLOGO

Prologar este libro de Santiago Castellanos es para nosotros un motivo de enorme satisfacción, y lo es por razones varias. En primer lugar por razones historiográficas. En un panorama investigador en el cual cada día es más complicado buscar una línea de trabajo que proporcione resultados satisfactorios y mínimamente novedosos, el estudio que aquí se presenta consigue, a partir de una relectura de las fuentes tardoantiguas hispanas, reconstruir un modelo creíble del territorio que hoy llamamos Rioja Alta en el tránsito de la Antigüedad al Medioevo.

Para conseguirlo parte del estudio de una fuente cuyo tratamiento ofrece enormes dificultades. Un texto hagiográfico, un texto pseudobiográfico, construido no en orden a dejar constancia de la verdad, sino destinado a conmover, a fabricar devociones, a atraer a fieles, a convencerles hasta el punto que viajen a una tumba, que hagan ofrendas a la búsqueda de intercesión, a poder ser con preferencia a otros santos. Un texto elaborado a partir de un núcleo real pero adornado con prodigios, ordenado en un crescendo que debe dejar constancia de que el hombre santo, Emiliano en este caso, es un hombre querido por Dios, elegido por Dios, y que al igual que ha obrado milagros en vida, después de muerto seguirá obteniendo favores para quien se dirija a él con fe. Un texto igualmente interesado desde la perspectiva de su autor, que al apropiarse del santo pretende obtener para sí y para su iglesia indudables beneficios.

Sin embargo, esos objetivos necesitan ser tratados de forma convincente, deben estar perfectamente ubicados en un medio físico que no sea ficticio, que los fieles puedan imaginar, afectar a personajes con los cuales poder identificarse, a categorías sociales, económicas y morales que puedan reconocerse. Es a partir de aquí, de esta materia que para el hagiógrafo es circunstancial y secundaria, que para el lector devoto es sólo un contexto creíble, de donde el historiador, separando la fantasía y la realidad, saca su

información, su datos, los ordena, busca una ubicación temporal y empieza a construir hipótesis.

Pero evidentemente esto es sólo la primera parte. El texto de la *Vita Sancti Aemiliani* se encuentra aislado, nos da una geografía, unos nombres que ocasionalmente identificamos con otros actuales, unos personajes que colocar allí, pero nos falta información complementaria. Santiago Castellanos ha rellenado esa laguna de una manera absolutamente equilibrada, ha contextualizado la información de la *Vita* en torno a los elementos fundamentales que estructuran la vida social y política de la Hispania tardoantigua, de la Tarraconense interior, de un territorio que es periferia a la vez que encrucijada. De manera más precisa ha buscado su lectura remitiéndolos al momento en el cual los datos son verificables, esto es, desde mediados del siglo VI, cuando la actividad pública de Emiliano empezaría a conocerse, hasta los años en que Braulio de Zaragoza redacta el texto, en torno al 640. El marco político, el contexto jurídico-legal, las estructuras productivas, las dependencias personales, los horizontes creenciales, la pugna de intereses políticos y religiosos, el control ideológico dejan de ser elementos aislados para convertirse en un conjunto comprensible.

Ha tenido que comprometerse Santiago Castellanos entre los distintos modelos interpretativos para intentar resolver en qué momento de ese largo proceso de transformaciones, de transición en otra perspectiva, que llamamos la Antigüedad tardía, se sitúa la sociedad que el texto de Braulio describe. Al hacerlo nos ha ayudado a entender mejor esa Antigüedad tardía como un período largo, cuyos desarrollos no son siempre lineales (aquí estamos condicionados por la naturaleza de las fuentes), a dotarla de una entidad propia. Un período que definitivamente deja de ser ya el epígono del Imperio Romano en Hispania, y ya no es más un incómodo preámbulo que entorpece las explicaciones de los reinos cristianos altomedievales. Para ello, para entenderlo, aunque su exposición sistemática la ha dejado para otro libro, ha necesitado recurrir también a las evidencias materiales que poco a poco va proporcionando la aún maltratada arqueología medieval, cuya comprensión del espacio aborrece de vacíos inexplicables, de largas ausencias, y que ayuda por lo tanto a no imaginar los textos como una creación intelectual, desafecta de la realidad.

Presentar este libro es una satisfacción porque no se trata de un trabajo aislado, sin antecedentes ni esperanza de proyección, más al contrario, es el fruto de una renovación de los estudios de Historia Antigua en España, un proceso que ha sido largo, con una progresión no siempre evidente, que ha necesitado acumular en 25 ó 30 años etapas que otros países de nuestro entorno desarrollaron a lo largo de un siglo entero. Un progreso que no siem-

pre fue solidario, que ha estado bastantes veces lastrado por incomprensiones y maximalismos, por tradiciones que en ocasiones parecían mirar a pasados distintos y que hoy son capaces de compartir métodos y medios de expresión, capaces de presentar en el panorama académico extrapeninsular una producción científica solvente y respetable.

Satisfacción, además, porque el libro procede de un trabajo de tesis doctoral que se ha desenvuelto al amparo de dos universidades, la de Salamanca y la de La Rioja, una muy vieja y otra muy joven, pero empeñadas ambas en un compromiso de calidad docente e investigadora.

Satisfacción, al fin, porque las circunstancias de ese trabajo han propiciado la colaboración de los dos cofirmantes de este prólogo, codirectores de la tesis de referencia, quienes al hilo de esa común observación han descubierto que comparten, entre otras cosas, una inquebrantable confianza en el futuro de la Historia Antigua.

Salamanca-Logroño, Mayo 1998.

Pablo C. Díaz
Universidad de Salamanca

Urbano Espinosa
Universidad de La Rioja